

1er ACCÈSSIT ADULTES

BEGOÑA BUIL CERVELLÓ

ROSAS SIN ESPINAS

A primera vista, las extravagancias de mi familia parecen inofensivas, Por ejemplo, mi primo Javier tiene la manía de lavar con detergente los huevos, antes de cascarlos. Mi sobrino Carlitos encoge tres veces la pierna derecha antes de meterse en la cama o ponerse el pantalón. Y mi abuela Margarita ataba una cinta roja en la pata de las palomas, después de conseguir que se subieran a sus manos que parecían dos cuencos repletos de berzas. Dicho así puede parecer algo inocuo, inclusive gracioso. Pero no se debe tomar a broma, porque en otros casos se han derivado consecuencias tremendas.

Ahí está la historia del abuelo Víctor, que tenía la costumbre de subirse y bajarse de las aceras de espaldas hasta que, una desafortunada noche, le atropelló un tranvía. En cuanto al tío Damián, cuyo nombre se silenciaba con frecuencia por haber mancillado con sus antecedentes penales nuestra familia, digamos que era una especie de cleptómano con particularidades: siempre robaba relojes de pulsera que debían medir treinta y tres milímetros de diámetro, para lo que llevaba en el bolsillo un pequeño compás... Mi primo Ninín se mordía las uñas, pero las de los pies; fue un marginado y solo le redimió la artritis que padeció en su vejez. Por no hablar de mi hermano Abel... Tiene la manía de irse de casa. No es que se haya ido ni se vaya a ir, es solo que no para de hacer y deshacer maletas. ¡Y cómo va a darle lecciones nuestro padre, que nunca utiliza la letra jota cuando habla!

Comprenderán que ejecutara una criba implacable en el momento de escoger al hombre con quien habría de compartir la vida, al padre de mis hijos: mi exigencia era inapelable: debían demostrar una total ausencia de manías. Así que dejé en el camino buenos chicos que no se ajustaban a esta condición.

El primer muchacho con el que me acosté era un cielo. Por desgracia, esa misma noche pude observar cómo deshacía y volvía a enlazar las cintas de la funda de la almohada.

—Lo hago desde pequeño, para poder dormir —sonrió tímido, dispuesto a enternecerme. En cambio, me horrorizó. Por la mañana le despedí con lágrimas en los ojos.

Tomó su tiempo encontrar a Mauricio. Él, por fin, cumplía mis expectativas a la perfección. Incluso su nombre, nombre de isla sin contaminar. Nos casamos y tuvimos a nuestra hija Alba. Cuando, inevitablemente, mis familiares vinieron a conocerla, veté cualquier expresión de sus extrañas aficiones bajo la amenaza de no dejársela ver nunca más; para más seguridad, espacié las visitas hasta hacerlas desaparecer. Estaba decidida a proteger a mi hija. Vigilaba de cerca. Cualquier comportamiento mínimamente original que ella repitiera me parecía un síntoma y miraba de atajarlo. Una mañana la hacía bajar por un lado de la cama, otro día por otro, para que no cogiera vicios. Variaba el orden en ponerle las prendas cuando la vestía. A veces ordenaba y otras desordenaba su habitación porque no quería que adquiriese la manía del orden. Y me esperaba la idea de que mi educación y los genes de Mauricio fueran más fuertes que la herencia familiar que arrastraba. No le confesé a mi marido aquel difícil asunto de familia.

Durante un tiempo, todo parecía estar bajo control. Hasta el día en que Alba cumplió cinco años. Recuerdo que yo estaba en la cocina, preparando su pastel, cuando escuché un estruendo de cristales rotos. Corrí hasta el recibidor y vi los pedazos del jarrón que adornaba la vitrina esparcidos por todas partes, entre tallos verdes y agua olorosa. Le pedí que no se moviera mientras yo barría los vidrios. Ella se quedó muy quieta. Al mirarla a la cara, algo rojo sobre su blanca piel me alarmó. Me aproximé y, justo en la comisura de los labios, había aquello que parecía sangre. Entonces Alba sacó su diminuta lengua y succionó lo que estaba fuera de su boca. Tuve tiempo de observar un pétalo rojo antes de que se lo tragara. Miré con más detenimiento el suelo: estaban los cristales y la amalgama de hojas y troncos. Ni rastro de las rosas.

Sufrí casi un shock: mi niña comía flores. Todos mis cuidados no habían podido evitar aquel hado nefasto.

Aunque después quise engañarme y pensar que todos los niños se llevan cosas a la boca, lo suyo era tan selectivo que no dejaba lugar a dudas... Un día nuestra vecina de al lado echó en falta las campanillas azules que rebosaban de una de sus macetas y entraban un poco en nuestro balcón... Las margaritas del patio desaparecieron misteriosamente así como el ramito de violetas con que me obsequió Mauricio el día de mi cumpleaños... En cambio, las orquídeas siguieron tan frescas en sus tiestos, como si el instinto la advirtiera del peligro de su veneno. Ella negó tozudamente cuando la increpé, pero el suave olor que emanaba de su cuerpo la delataba. Dejé de adornar los floreros. Le prohibí acercarse a cualquier lugar donde hubieran flores y le ordené que guardara el secreto entre las dos o una maldición caería sobre ella. Para evitarle tentaciones, elaboré itinerarios minuciosos de las calles que debía seguir para esquivar las floristerías y dar un rodeo alrededor de los contados parques, fuera donde fuera. Por suerte vivimos en una ciudad.

Muchas veces quise contarle a Mauricio el estigma que arrastrábamos pero nunca me atreví. Creía saber lo que iba a contestarme: ¿Por qué no me lo dijiste antes...?

Alba me obedeció; era una buena niña. Con el transcurso de los años, fui recuperando la confianza poco a poco. Llegué a olvidar prácticamente lo sucedido. Cuanto más tiempo transcurriera, más nos alejaríamos del desastre.

Acababa de cumplir los diecisiete cuando se enamoró por primera vez. Recuerdo la noche en que su amigo vino a buscarla a casa para acudir a una fiesta. Traía un gran ramo de rosas blancas y no comprendo cómo no me alarmé en el mismo instante de verle aparecer; como no detecté la cara golosa de mi hija. Tomó el ramo en sus brazos y aspiró el perfume con los ojos cerrados. Acto seguido se dio la vuelta, abrazada a las rosas, y quedó dándonos la espalda. Toda ella se estremeció y el temblor era cada vez más fuerte; no podía saberse si lloraba o reía, y entonces tuve un presentimiento: “¿Qué haces?” chillé. Ella se volvió asustada. De sus labios pintados de carmín se desprendían pétalos blancos... Aquella escena me devolvía dolorosamente a su infancia. Solo que el ansia acumulada hacía que no distinguiera los tallos de las flores; su cara estaba llena de arañazos y desde su boca se deslizaban, esta vez sí, gotas de sangre.

Quise hablar pero no me salía la voz. El muchacho palideció, sumido en el desconcierto; dio unos pasos hacia ella, balbuceando su nombre y si estaba loca. Mauricio se le adelantó con la intención de arrebatarle el ramo, pero Alba le detuvo con un gesto.

—Como flores, y nunca más debéis regalarme rosas con espinas —dijo al fin, sin levantar la voz, limpiándose la sangre con el dorso de la mano.

Y luego dijo que se iba a buscar una casa con jardín.